

Crimen en el arca

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Gustavo Roldán (h)





www.loqueleo.santillana.com

© 1996, GUSTAVO ROLDÁN
© 1996, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4579-5
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: GUSTAVO ROLDÁN (H)

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Roldán, Gustavo

Crimen en el arca / Gustavo Roldán ; ilustrado por Gustavo (h) Roldán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

96 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4579-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Roldán, Gustavo (h), ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Crimen en el arca

Gustavo Roldan

Ilustraciones de Gustavo Roldán (h)

loqueleg

CAPÍTULO 1

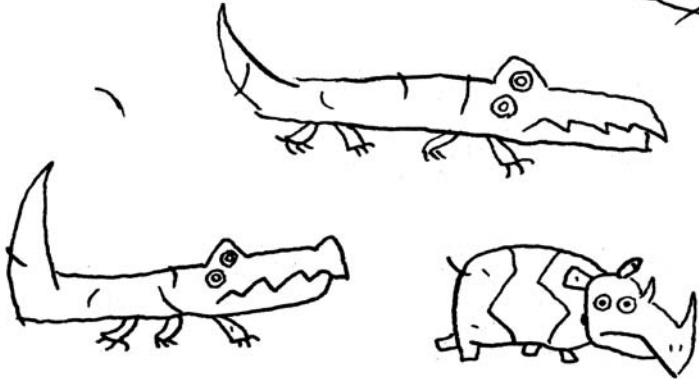
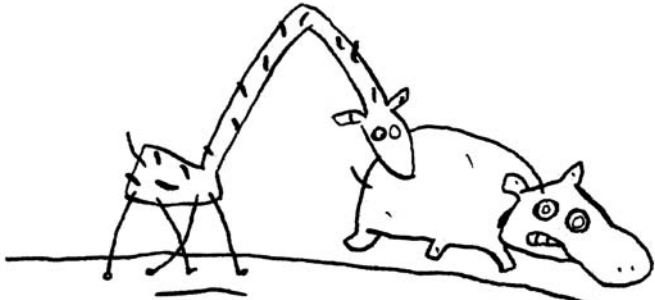


La orden llegó de arriba, que es de donde siempre llegan las órdenes. Noé recibió las instrucciones detalladas de lo que tenía que hacer, y sobre el pucho puso manos a la obra. Pero el pobre no sabía lo que le esperaba.

La historia empezó con lluvia.

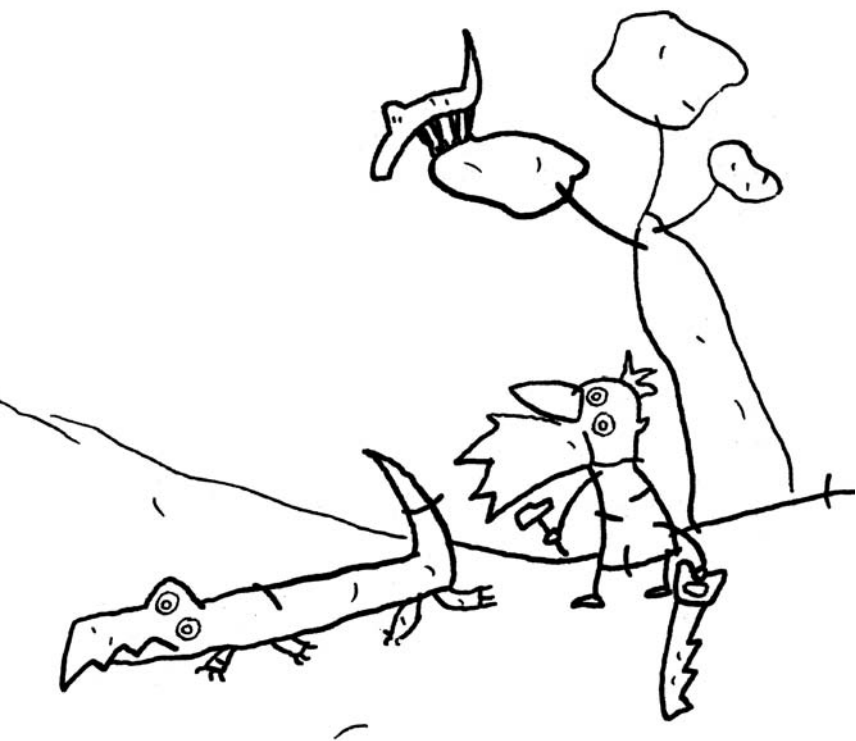
Eso fue apenas Noé terminó de preparar el arca. Pero además de empezar la lluvia, ahí fue donde comenzaron los problemas.

Al pobre Noé y su familia casi no les daba el cuero para organizar la entrada de los animales; unos porque querían entrar en montón, otros



porque no querían saber nada de meterse en ese armatoste por culpa de un cuento en el que no terminaban de creer.

—Yo no entro ni loco —decía el hipopótamo—, miren si me voy a asustar por un poco de lluvia, si lo que más me gusta es estar en el agua.



—Yo sí quiero entrar, yo sí quiero entrar —decía el rinoceronte—, pero quiero entrar con mi mamá, mi papá, y mi rinoceronta y mis hermanos y mis primos y mis amigos y no los voy a dejar a mis abuelitos en medio de esta lluvia.

Noé pensaba que el rinoceronte tenía bastante razón, pero si le hacía caso iba a tener que dejar afuera a un montón de otros animales. No. No había forma. Además, si comenzaba haciendo una excepción, después quién los paraba.

Cerró los ojos para no ver la injusticia, porque nunca le gustaron las injusticias, y para eso nada mejor que cerrar los ojos, y dijo:

—No perdamos tiempo. Le toca sólo al que le toca y sanseacabó.

Lo dijo poniendo cara de malo, para que a ningún otro se le ocurriera volver con la misma historia.

Como para venir en ayuda de Noé la lluvia comenzó a tomar fuerza, en medio de truenos y relámpagos que nunca se conocieron antes.

—¡La flauta! —dijo la jirafa—. ¡Mejor no perdamos tiempo!

Por entre las patas de la jirafa se metió el yacaré. Mejor dicho catorce yacarés, siete machos y siete hembras.

—¿A qué hora vamos a comer? —dijo uno mirando para todos lados, y los otros trece repitieron:

—¿A qué hora vamos a comer? Nosotros no nos vamos a asustar por cuatro gotas locas, pero nos dijeron que aquí había mucha comida.

—Eso sí —dijo otro yacaré—, a mí no me manden al piso de arriba. Por lo que veo esta casa tiene tres pisos, pero yo me quedo en la planta baja.

Noé los miraba y se rascaba la cabeza, pensando si no se habría equivocado al poner tantos yacarés.

Le habían ordenado llevar siete parejas de los animales puros y una pareja de los impuros. Pero no le dijeron claramente cuáles eran unos y cuáles los otros, y no le quedó más remedio que hacerlo según su parecer. Y a las apuradas. Y encima él nunca había entendido mucho de animales.

La verdad es que siempre quedaron dudas sobre el buen criterio de Noé para elegirlos. Pero esa es otra historia.

Lo concreto es que los yacarés se quedaron ahí nomás, porque no les gustaba ningún lugar alto. Y porque se les había ocurrido que la comida podría estar más a mano.

—Nosotros vamos arriba o abajo, sin hacer tanto lío —dijeron los lobos—. ¿Dónde está el lugar para las peleas? Queremos estar ahí cerca.

—¿Qué peleas? —dijo Noé—. ¡Aquí no pelea nadie!

—¿Qué? ¿No hay peleas? ¿Y entonces cómo nos vamos a divertir?

—No sé —dijo Noé que no había pensado en eso—. Ya veremos, pero peleas no.

—¡Uff! —protestó una loba—. Esto se pone aburrido desde el primer día.

Y entró al arca. Medio sin ganas, pero el elefante venía empujando, y cuando empuja el elefante más vale no hacerse el tonto.

Atrás de los elefantes, que iban ordenaditos uno tras otro, agarrados con la trompa a la cola del que iba adelante, llegaron los sapos a los gritos.

—¡Abran cancha que los piso! ¡Abran cancha que los piso! —gritaba el primer sapo avisándole al último elefante.

Noé comenzó a ponerse más y más nervioso. Esta historia de hacer entrar a esa cantidad de animales no venía nada fácil. Y la lluvia todavía no era un problema grave pero ya se iban formando lagunas por todos lados.

Entonces miró a lo lejos, y ahí se pegó un susto de la gran perinola. La cola de bichos se perdía a lo lejos y cada vez era más larga. ¿Habría lugar para todos?

—¡Aquí hay acomodo! ¡Aquí hay acomodo! —se oyó un grito que venía desde el suelo—. ¡Siempre pasa lo mismo con los grandotes! ¿Y nosotros para cuándo? ¿Para cuando ya no haya más lugar?

Noé barrió el piso de una mirada pero no pudo ver de dónde venían los grito.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Siempre los mismos privilegiados! ¡Y usted, don Noé, que no pone un poco de orden!

Noé se puso de rodillas para ver mejor. Bajó la nariz hasta tocar el suelo, y entonces los vio. Era una patota de piojos y pulgas y bichos colorados que pataleaban y manoteaban para hacerse ver.

—¡Sí, sí! ¡Aquí estamos! ¿Usted se cree que somos nadie? ¿Por qué deja entrar primero al elefante y al rinoceronte y al sapo? ¿Porque son bichos grandes? ¿Usted cree que los grandes son más importantes?

Ahí la mano le gustó al sapo, oyendo que lo nombraban junto al elefante. Y sobre el pucho se puso del lado de los piojos y dijo:

—Tienen toda la razón, don Noé. ¿Por qué subimos primero los grandotes? ¿No será que usted nos tiene miedo?

—¡Claro que sí! —gritó un bicho colorado—. Les tiene miedo, pero que se cuide de hacernos enojar. ¡No hay nada más peligroso que un bicho colorado cuando se enoja!

—¡Que se cuide! —gritó un piojo—. Y muchas gracias don sapo. Usted sí que tiene idea de la justicia. Porque esos otros... son grandes, sí,

pero medio pavotes. ¡Quisiera verlos si hacemos una pelea!

—¡Basta de peleas! —gritó Noé, que se iba poniendo cada vez más nervioso—. Y a ver si dejan pasar a los demás.

—¡Dejó de llover! ¡Dejó de llover! —gritaron todos los animales juntos—. ¡Miren qué nube más grande!

Pero no era una nube y no había dejado de llover. Era una incontable cantidad de alas que hicieron un gran paraguas por un rato.

Entonces fue que llegaron los pájaros.

Con los pájaros no hubo problemas. Bueno, que no hubo problemas es una forma de decir. Llegaron volando y se metieron en la parte más alta del arca. Ya se sabe que a los pájaros les gusta estar en la parte más alta. Se acomodaron rápidamente, se sacudieron las gotas de agua y esponjaron las plumas.

Y comenzaron a cantar.

Claro que apenas entraron desapareció el gran paraguas que habían formado un rato antes

y la lluvia comenzó de nuevo más fuerte que nunca.

—¡Fueron los pájaros! —gritó un lobo—. ¡Ellos trajeron la lluvia! ¡Vamos a pelear con los pájaros!

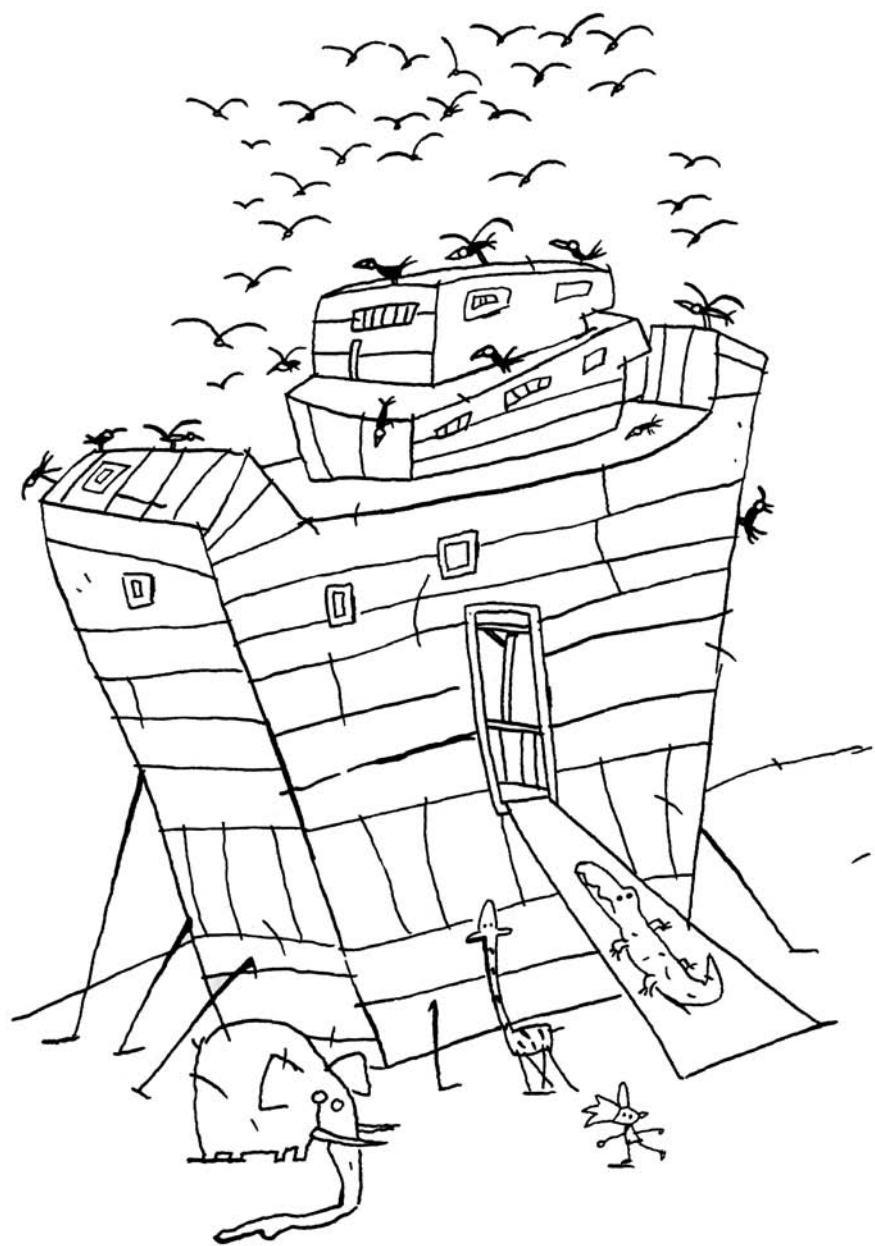


De entre el montón de plumas de todas las formas y tamaños salió un silbido lleno de colores. Era el picaflor. Voló y se detuvo en el aire, como flotando, arriba de la cabeza del lobo. El lobo gruñó y mostró los dientes, y en ese instante, justo en la punta de la nariz del lobo, el picaflor le largó un recuerdo que quedó pegado, ahí, justo en la punta de la nariz del lobo.

—¡Pájaro puerco! —gritó el lobo limpiándose con la pata, ¡Ahora mismo te como!

Pero se quedó tirando mordiscones al aire porque ya no había nadie a quién morder.

Desde entonces los lobos son enemigos de los picaflores. Ya se sabe que a los lobos siempre les gustó levantar la cabeza y aullar, y ahora, cuando



miran para arriba y aúllan a la Luna, en realidad no aúllan a la Luna. Levantan la cabeza de noche porque de día tienen miedo que pase algún picaflor y les deje otra vez un recuerdo pegado en la nariz.